



La Santa Sede

DISCURSO DEL PAPA PABLO VI A LOS JÓVENES ESTUDIANTES DE ROMA

Sábado 25 de febrero de 1978

Permitidme que antes de dirigiros las palabras que tengo preparadas aquí, deje estallar el gozo del corazón al veros reunidos a mi alrededor junto con vuestros maestros y directores, con el pastor de las almas, cardenal Vicario, con mons. Cambiagli, que representa a la Conferencia Episcopal Italiana; y con los otros profesores y maestros aquí presentes, a los que damos las gracias en alta voz por este acto que me dice tantas cosas y consuela de verdad mi corazón de pastor y de Papa. Tenemos tanta necesidad siempre de sentir cerca a la gente, a los fieles, a la juventud, a los muchachos y muchachas, y a quienes se ocupan de ellos, sean maestros, maestras, profesores, y todos aquellos que llevan la responsabilidad del funcionamiento de los centros católicos de enseñanza de Roma. Tratamos realmente de captar no sólo la visión grandiosa, tan ejemplar y consoladora, que ofrecéis, sino de comprender asimismo el sentimiento que os ha impulsado, o sea el amor que tenéis a vuestros centros educativos respectivos y a lo que estos centros representan de afirmación humana, cívica, científica, espiritual y religiosa. ¡Viva los centros católicos de enseñanza de Roma!

Queridísimos jóvenes estudiantes de los centros católicos de enseñanza de Roma:

Invade nuestro ánimo una alegría grande y especial al recibirlos hoy, porque sois vosotros la promesa del mañana y constituís la esperanza de la Iglesia y de la sociedad.

Al miraros pensamos con confianza en lo que llegaréis a ser, en lo que el Señor pedirá a cada uno de vosotros en la vida que se os abre por delante.

¿Sabéis lo qué evoca en el ánimo emocionado del Papa vuestra presencia nutrida y jubilosa? Nos viene a la memoria una página del Evangelio, extraordinaria por su reconocida belleza literaria y más aún por la riqueza incomparable del contenido. Es la narración de la vocación de los

primeros discípulos, particularmente vivaz en la redacción de Juan que fue protagonista de aquel acontecimiento singular.

En la descripción intencionadamente escueta pero tan impresionante a la vez, de aquella hora que no se volverá a repetir, en que Jesús se dirige a algunos diciendo "venid conmigo" (cf. *Jn* 1, 39 y 43; *Mt* 4, 19 y 9, y otros), ¿qué es lo más atrayente? ¿La disponibilidad serena y decidida con que aquellos hombres dejan todo y le siguen?, ¿o el impulso irresistible con que cada uno de los llamados va diciendo a los otros "¡Lo hemos encontrado!, ven y lo verás también tú" (cf. *Jn* 1, 41 y 46)?

Desde aquel día se transformaron en "testimonios" tan apresados por el amor (cf. *Flp* 3, 12) hacia su Maestro y por la belleza seductora de su mensaje que se hallaron dispuestos a afrontar incluso la muerte, con tal de no traicionar el compromiso con El.

En este caso —podríais decir vosotros— se trató de una vocación excepcional con la que Cristo mismo llamó a *algunos* a la *entrega total* de la propia vida; por consiguiente no es un caso que nos toca de cerca. Pues bien, nosotros os contestamos: Cristo no sólo continúa dirigiendo a algunos la invitación al don total de sí con una palabra personal y secreta, que despierta ecos profundos en el corazón, sino que sale también al encuentro de todos los hombres, de cada uno de vosotros, para plantearle personalmente la pregunta que dirigió al joven ciego: "¿Crees en el Hijo del Hombre?" (*Jn* 9, 35). A quien responde afirmativamente, El da encargo de hacerse testigo en el mundo de esta elección.

Quisiéramos que cada uno de vosotros tomase conciencia de esta presencia viva de Cristo y volviese a escuchar el Evangelio como dirigido a él personalmente por Cristo mismo. No se trata de un sueño o de una autosugestión; es la realidad garantizada por una promesa concreta de Jesús: "Yo estaré con vosotros —ha dicho El— hasta la consumación del mundo" (*Mt* 28, 20).

En una época en que las ideologías instigadoras al odio, al desorden moral y a la disgregación social han resultado ilusorias; en una sociedad en que demasiados mensajes humanos y demasiadas promesas de felicidad fácil atraen a los jóvenes, dejándolos después insatisfechos y desilusionados; vosotros sentís la necesidad de volver al Evangelio para descubrir en él la respuesta que ofrece Jesús mismo a los interrogantes de que depende el sentido de la vida, su orientación exacta y su realización gozosa.

Los jóvenes os rebeláis contra una visión de las cosas que pretende dar el primer puesto y a veces el único a la ganancia económica, al éxito, a la instrumentalización egoísta de los demás; vosotros contestáis una sociedad que a vuestra sed de autenticidad responde muchas veces con estudiadas fórmulas de compromisos hipócritas; que opone a vuestros deseos de amistad y comunicación, esquemas de convivencia basados en la indiferencia y en la explotación recíproca; que a vuestra voluntad de dedicación generosa no sabe ofrecer la perspectiva estimulante de una

posibilidad razonable de trabajo; que sale al encuentro de vuestra necesidad de trascendencia con sucedáneos tales como los bienes de consumo e incluso las evasiones alienantes del erotismo y de la droga.

Participamos de vuestra sed de autenticidad y de vuestra búsqueda de razones para vivir y de certezas que den orientación segura a vuestra vida.

Deseamos, por tanto, deciros que la solución radical de vuestros problemas no está en un conjunto de "cosas" sino en "Alguien", Alguien en quien se hallan concentrados los valores que secretamente buscáis: Cristo.

A todos os decimos: Id al encuentro de Cristo, de Cristo vivo, cuya voz sigue resonando también hoy de manera auténtica en la Iglesia. No os detengáis en la superficie, id más a fondo y recoged el mensaje de que la Iglesia es portadora segura, pues está asistida por el Espíritu. En ese mensaje encontraréis la respuesta que sacia vuestros interrogantes y las indicaciones necesarias para descubrir el significado y el valor de vuestra vida. Acoged esa respuesta con la lozanía propia de los años jóvenes; con la límpida capacidad de maravillarse, propia de un carácter que la experiencia y las desilusiones no han conseguido todavía marchitar; y sobre todo, con el entusiasmo generoso de un corazón que aún se atreve a arriesgarse lanzándose a la realización concreta del ideal vislumbrado.

Si queréis ser y permanecer siempre jóvenes, seguid a Cristo: sólo El es el Salvador del mundo, sólo El es la verdadera esperanza de la humanidad.

Pero no basta seguir a Cristo. Hay que anunciarlo también, al igual que Andrés cuando corrió a comunicarlo a su hermano Simón (cf. *Jn* 1, 41); como Felipe a Natanael: "Ven y verás" (*Jn* 1, 46).

Se anuncia a Jesús de Nazaret con el testimonio concreto y valiente de la transformación de la propia vida. Como Jesús un día llamó uno por uno a los Apóstoles de su Mensaje, así hoy el Papa, humilde Vicario de Cristo, os llama uno por uno y os invita a hacer os testimonio en el mundo de hoy de vuestra identidad cristiana auténtica y anunciadores generosos de Cristo entre los de vuestra edad.

Queridísimos jóvenes, sabed ser testimonio de vuestra fe; sabed vivir y proclamar —respetando siempre las opiniones de los otros— el programa cristiano, con hechos y palabras, con sencillez, con gozo, con audacia, sin compromisos ni vilezas. Sed testimonio convincente de vuestra fe ante vuestros amigos. Nosotros hemos escrito "Es necesario que los jóvenes, bien formados en la fe y arraigados en la oración, se conviertan cada vez más en los apóstoles de la juventud" (*Evangelii nuntiandi*, 72). Nos complacemos en repetir ante vosotros esta afirmación, fruto de nuestra convicción íntima y sincera: no hay mejores apóstoles de los jóvenes que los mismos jóvenes.

El campo de vuestras posibilidades de acción es muy vasto: el ambiente familiar en el que los padres transmiten el Evangelio, pero pueden recibir también de los hijos un mensaje de Evangelio vivido (cf. *ib.*, 71); el círculo de los compañeros de la misma edad, las diversas comunidades eclesiales de jóvenes, el centro de enseñanza, la parroquia; son todos espacios donde anunciar al Señor y la actualidad de su Evangelio. Os recomendamos en particular que os enroléis en las actividades parroquiales de las numerosas comunidades juveniles que existen, y lleguéis a ser propulsores inteligentes y generosos del plan pastoral de la diócesis.

Esta Buena Noticia tiene algunas dimensiones para cuyo anuncio sois especialmente aptos por ciertas peculiaridades características de vuestra edad. Hay en vosotros una carga natural de optimismo y de gozo: testimoniad, pues, la alegría evangélica que se armoniza con el misterio de la cruz; predicad la paradójica felicidad expresada en las bienaventuranzas; anunciad el mundo nuevo que Cristo ha inaugurado y que es posible implantar por encima y más allá de las miopes expectativas de la sociedad de consumo.

La juventud ama la verdad y la sinceridad —lo hemos dicho ya—y detesta la hipocresía y la mentira; coherentes con tales sentimientos profundamente evangélicos, impulsad a vuestros compañeros a que rechacen toda forma de falsía y busquen siempre la verdad.

Los jóvenes están dispuestos al sacrificio siempre que después de captar la grandeza de una causa, piensan que vale la pena entregarse a ella; ojalá que para muchos vuestra vida sea lección de heroísmo silencioso en la renuncia y la entrega. Decid a los otros jóvenes que es estéril toda evasión a sueños vanos, a la desesperación, a la vida fácil, a la droga; a la violencia; y que sólo el saber darse puede llegar a construir algo.

La edad joven está abierta sobre todo al fascinante atractivo del amor; pues bien, proclamad el amor verdadero, el que no se confunde con el placer egoísta, sino que florece en el don de sí. Sembrad a vuestro alrededor los grandes valores de la "civilización del amor": la solidaridad, la hermandad, la dignidad de la persona humana, la superación de toda discriminación o segregación, el servicio de la justicia, la firme voluntad de construir la paz.

Cuando vuestra generosidad impetuosa tenga que enfrentarse con la constatación de que en la sociedad contemporánea existen situaciones que exigirían un cambio profundo, os podrá asaltar la tentación de buscar soluciones radicales, de rechazar soluciones que no sean inmediatas, e incluso, de ver en la violencia el medio de llevar a cabo la transformación deseada.

Ante esa tentación, vuestra respuesta sea como hemos dicho en nuestro Mensaje para la Jornada de la Paz de este año, *no a la violencia*, porque la violencia no resuelve los problemas de injusticia, sino que sólo crea otros nuevos. Vuestra respuesta sea *sí a la paz*, es decir, sí a la promoción de la justicia, sí a la hermandad, sí a la solidaridad. De esta manera mejoraréis la sociedad, no *destruyendo*, sino *construyendo* algo nuevo y hermoso, en plena adhesión a vuestra

vocación de jóvenes y de católicos.

Sed juventud católica realmente, es decir, sed fieles a vuestra identidad. Dando en el día de hoy testimonio coherente y valiente de vuestra fe en Cristo y de vuestra fidelidad a la Iglesia, anunciaréis y prepararéis un mundo más justo y más sereno para el porvenir.

Para terminar, dirigimos una palabra especial de saludo y de buenos deseos a vuestros profesores y, también a vuestros padres que vemos presentes en número relevante aquí en la audiencia. Muchos de ellos son miembros de los nuevos organismos de representantes de los centros de enseñanza y tienen la misión de hacerse portavoces de las ansias, expectativas y sugerencias de las familias en esta etapa delicada de renovación que está viviendo actualmente la enseñanza en Italia. Para ellos y para los profesores pedimos abundancia de luces celestiales a fin de que a través de su afán generoso y de su contribución responsable, la enseñanza encuentre modos acertados para ir adaptando cada vez mejor las propias estructuras a las exigencias actuales de una sociedad en transformación.

Con estos deseos impartimos de corazón a todos, en prenda de benevolencia especial, nuestra propiciadora bendición apostólica.